

UN HOMENAJE VERDADERAMENTE PÓSTUMO

GRACIELA MARTÍNEZ-ZALCE
CISAN-UNAM

No me queda duda de que la construcción de los distribuidores viales en la ciudad de México dejará una inútilmente indeleble huella en nuestra memoria. Yo, por ejemplo, como consecuencia, me he vuelto adicta a los noticieros que poseen un helicóptero propio. Era fin de año. Como otros miles de vacacionistas, rodaba, aburrida y paciente, rumbo a casa cuando la voz de una locutora suplente me anunció la muerte de Juan García Ponce. Involuntariamente pensé, con nostálgico humor, aprendido de mi maestro: “Hasta aquí llegó Colón, hasta aquí sus carabelas”.

La primera vez que sostuve una conversación con Juan García Ponce fue en su casa, en Coyoacán. Para entonces yo era una especie de *groupie* suya: asistía a todas las conferencias donde se anunciaba su presencia; había leído todos sus muchos libros, perseguidos fielmente en bibliotecas, librerías normales y de viejo, y, con una beca Salvador Novo, en el Centro Mexicano de Escritores redactaba mi ensayo *Pornografía del alma* (sobre *De ánima*) que, después, se convertiría en mi primer libro. La primera vez que sostuve una conversación con Juan García Ponce, entonces, estaba convirtiendo en realidad un sueño que se prolongaría por largo tiempo.

Con su muy negro sentido del humor, se dispuso a dictarme:

La señora Berta la dejó sola con el doctor Ballester. (...) El lugar tenía libros también, el escritorio donde estaba sentado el doctor al entrar ella y Berta y otra mesa alta con una máquina de escribir y distintos elementos de papelería, con una silla parecida a la del escritorio y otra enfrente.

—¿Nos sentamos, Inmaculada? —dijo el doctor.

Inmaculada caminó delante de él, se sentó en uno de los sillones y cruzó de inmediato la pierna. Colocó el bolso junto a ella, a un lado de su muslo y puso uno de los brazos sobre el sillón. El doctor Ballester fue a sentarse en el extremo del sofá, muy cerca de Inmaculada. Allí le explicó que, como ya debían haberle dicho, el trabajo consistía en que él le dictaría e Inmaculada escribiría a máquina. Agregó que escribía libros, libros de psiquiatría y que el lugar donde estaban era su estudio. Inmaculada decidió que lo más indicado era mirar a su alrededor y luego por la ventana. El doctor Ballester sólo la miraba a ella. También era raro estar con él, pero a Inmaculada le gustaba. Trabajar en ese estudio con la figura que estaba junto a ella, ir todos los días a esa casa y que le abriese la señora Berta. Afirmó que eso era lo que le habían dicho lo que ella esperaba. También que sabía escribir muy bien a máquina. Si el doctor quería, podían hacer una prueba. Él no parecía tener prisa. Antes le contó que su anterior ayudante se llamaba Alicia y había enfermado. Artritis, sabe lo que es eso, ¿verdad? Una enfermedad muy molesta. Pobre Alicia. Pero para Inmaculada la

enfermedad de Alicia y Alicia mismo no eran nada más que lo que le permitía estar ahí.

Lo que me permitía estar allí era, en efecto, que Juan García Ponce necesitaba una asistente para terminar, precisamente, *Inmaculada o los placeres de la inocencia* y para escribir lo que se fuera ofreciendo; me explicó que trabajaba diario de las doce a las dos y fue lo suficientemente gentil como para modificar su horario media hora antes y que esto no interfiriera con mis estudios de maestría, de los cuales, por supuesto, se burlaba en buena lid.

Así pues, durante *Inmaculada* (y *Apariciones* y la *Lectura pseudognóstica de Balthus*, hermoso ejemplar del Equilibrista que me fue arteramente robado, con dedicatoria y todo), todas las mañanas, la señora Eugenia me abría la puerta, saludaba a Angelina, vencía mi alergia por los gatos y como Colón, me lanzaba a surcar mares, hasta que las carabelas tocaban puerto a la una y media.

Inmaculada, tal como lo anuncia en la portada la santa Inés del Españolito, es un libro de ilustraciones, cuyas ilustraciones están hechas no con trazos y colores sino con palabras. Intertexto burlón del marqués de Sade, *Inmaculada* es una serie de estampas, inocentemente pornográficas. Inmaculada y su descaro salieron de un cuadro de Balthus, con sus ojos de gato, su lengua, mordida por sus dientes, en señal de concentración (gesto que, cada vez que me descubro haciendo, ha quedado marcado con una nota a pie de página). Horas enteras nos pasábamos, Juan con un atril sobre su tabla, viendo grabados de fines del siglo XIX, y describiéndolos detalladísimo para que yo los transcribiera en la destartada olivetti azul agua portátil.

Por esos años, a mediados de los ochenta, el INBA organizó un gran homenaje para García Ponce en el Museo Nacional de Arte: Quiero que le pongas a tu ensayo: Notas para un homenaje póstumo en vida, me dijo, así le restamos solemnidad al asunto, y se reía a carcajadas pensando en la cara que pondría el público ante mi osadía. Mi nota, a pesar de la observación del homenajeado, fue, sin embargo, muy solemne. Y, ahora, casi veinte años después, creo que, en esa maraña de intertextos que es la obra de García Ponce, hemos perdido de vista esos guiños burlones que caracterizaban no sólo a su persona sino a su intelecto; tal vez sería el momento de, en un acto de justicia, desolemnizar nuestra lectura de

García Ponce quien escribía parodias, libros ilustrados, infinitos intertextos, pero siempre con una voluntad lúdica y muy lejos de los solemnes academicismos.

García Ponce me regaló muchas cosas, como maestro mío que fue más allá del academicismo: mis lecturas de Musil, Klossowski, Nabokov, Tanizaki; la disciplina que hace al escritor; la capacidad de ver con detalle un cuadro; el olor de la magnolia de su patio; Mérida; también me dio a Balthus, a Felguérez y Rojo. Una bella anécdota es que fui capaz de escandalizarlo, cuando le regalé una copia de *Eraserhead* de David Lynch y su único comentario fue que por eso me estaba volviendo loca.

Abro *Inmaculada* y me encuentro en la portada una letra chueca, que no es la mía, y que con bolígrafo azul ha escrito: *Para Graciela, cómplice desde antes de conocerla y eficaz secretaria sin cuya ayuda este libro no estaría en sus manos. Con el profundo afecto de Juan,* y recuerdo aún la otra, la del desaparecido delgadísimo volumen sobre Balthus del Equilibrista, que decía *para Graciela, con su mano que es mi mano...* Cómplices, eso es lo que todos los lectores debemos ser con nuestros autores favoritos. En medio del desquiciante tráfico decembrino, pienso en las complicidades que García Ponce me brindó como *groupie*, como lectora, como ensayista, como amanuense. “Hasta aquí llegó Colón, hasta aquí sus carabelas”.